

lante los que conducian á las señoras, cual otros tantos jardines flotantes, cubiertos de hermosas flores, y cerrando la marcha los que ocupaban el sexo feo, al decir de los hombres, pero no al parecer de las mujeres.

El bosque de Chapultepec, hácia el cual caminaban, es una de las cosas mas grandiosas que presenta al viajero la exuberante vegetacion del rico suelo mexicano.

Al penetrar en esa emperatriz de las selvas, en ese delicioso recinto, plantado por los reyes de Tenochtitlan y de Texcoco en los dias de su grandeza, de su poder y de su gloria; en ese bosque venerando que ha sobrevivido á la ruina de tantos otros que formaban el bello adorno de aquella region vírgen y encantadora, el alma experimenta esa emocion dulce, tierna, respetuosa, indefinible, que sentimos al vernos frente de esos grandiosos monumentos, cuya historia se pierde en la noche de los tiempos.

¡Cuántos encantos, cuántos misterios, cuánta poesía encierra para el observador ese magestuoso bosque que sobrenada á la

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Addo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPITULO XV.

Un dia de campo en Chapultepec.

Han trascurrido once dias desde que tuvieron lugar las escenas del capítulo anterior.

Enrique, cumpliendo la palabra dada á Miguel de concurrir al dia de campo á que le invitó para Chapultepec, como hemos visto en otra parte de esta historia, caminaba en uno de los carruajes que montaban los convidados, contento, porque iba á pasar al lado de María las horas mas agradables de la vida.

Siete coches de cuatro asientos partieron de la casa del segundo, marchando por de

• ruina y devastacion del tiempo destructor y de las sangrientas revoluciones!

Todavía en el fecundo recinto de esa bellísima sultana de las florestas y de las selvas, se levantan imponentes, robustas y lozanas, aquellos antediluvianos ahuehuetes y corpulentas sabinas, cuyo robusto tronco solo es dado abrazar entre doce personas, y bajo cuyo espeso ramaje, que proyecta una verde y deliciosa bóveda, mecida por las embalsamadas auras, reposaron gozando de su benéfica sombra, Alvarado y Bernal Diaz, Hernan Contés y la Malitzin, Guatimoc y sus guerreros, Moctezuma y sus hechiceras favoritas de ojos negros, turjente seno, pié breve, y abundante y negra cabellera.

¡Cuántas veces bajo esos árboles gigantes, que los hace aún mas venerables el encanecido y ceniciento parácito que cuelga en largas hebras de sus extendidos brazos y que cubren con su ramaje la deliciosa alberca, se habrán bañado las seductoras y graciosas indias del harem de los sultanes que rigieron el imperio mas poderoso, mas

fuerte, mas rico y mas civilizado de la América!

¡Cuántas veces en su trasparente cristal habrá buscado dulce solaz la seductora intérprete del célebre conquistador, que agregó á la corona de España un Nuevo Mundo!

Aun se cuenta al menos que, en la deliciosa alberca, y bajo el enramado toldo, formado por los árboles, aparece al toque de las doce, á esa hora en que el sol desciende por entre las verdes ramas como una brillante gasa de oro y plata, cuentan, repito, que aparece en la superficie de las transparentes linfas, rizadas por las leves auras, la tierna y encantadora india, suelta la negra, lustrosa, abundante y luenga cabellera pronunciando el nombre de aquel guerrero español, á quien tanto ayudó en la grande y arriesgada empresa á que dió cima con un puñado de valientes.

¡En este bosque todo es bello, todo grande, todo magestuoso! Cada árbol, cada vereda, cada arbusto, cada arroyo de los muchos que cruzan su sombreado recinto, es

una epopeya dulcísima de aquellos tiempos que precedieron á la conquista.

En esas mismas espaciosas glorietas, circundadas de frondosos árboles y de asiento de piedra, donde hoy celebran sus días de campo los modernos mexicanos, se entregaron al regocijo y al placer las principales notabilidades indias, antes de que el terrífico estruendo del arcabuz europeo resonara en las misteriosas calles de ese recinto, embovedadas por el tupido follaje de los corpulentos ahuehuetes.

Para el filósofo que penetra en esta deliciosa mansion, donde tantas veces me he paseado, ¡cuántos encantos reúne cada uno de los objetos que le rodean! Este es, piensa, el sagrado recinto, propiedad de la familia real, adonde á nadie le era permitido entrar sino á los grandes del reino, despojándose primero del rico calzado que llevaban. Estas pintorescas sendas que atravieso, son aquellas por donde los emperadores aztecas, seguidos de sus principales guerreros, cruzaban con el formidable arco en la mano izquierda, y la veloz flecha en la dies-

tra, en pos de esos canoros pájaros de brillante plumaje que, agitando sus pintadas alas, se despiden del astro principal, cuyos tibios rayos tiñen el occidente de púrpura y de grana que al través de la enramada, semeja un trasparente velo salpicado de cintilantes chispas de rosicler y nácar. Estos que á mis plantas pasan murmurantes arroyos, son los mismos en que bañaban sus diminutos y delicados piés las seductoras indias, de rosada tez y turgente seno, que tan llenas de atractivos se presentaron mas tarde á los ojos de los españoles. Esta espaciosa calzada, que conduce al grandioso colegio militar, es la misma por donde subían los antiguos mexicanos al palacio del emperador, que se elevaba grandioso é imponente en el mismo dominante lugar en que aquel se ostenta. Desde aquí miraban arrobados de placer aquellos reyes, de la misma manera que yo miro en este instante, á un lado los pintorescos pueblos de Mixcoac, San Angel y Tacubaya, cuyas casas, escondidas entre el ramaje de los árboles, aparecen cual otros tantos nidos de pa-

lomas que blanquean á lo lejos: enfrente, la extensa línea de suntuosos edificios de la emperatriz ciudad, de la gran México, con sus gigantescas torres, sus pintorescas calzadas orilladas de frondosos álamos, y sus deliciosas azoteas, convertidas en tantos otros odoríferos jardines: á la izquierda, los transparentes lagos cubiertos de ligeras canoas de indios; y al Sudeste los dos gigantes magestuosos del pintoresco valle, el Popocatepetl y el Iztlazihuatl, cuyas elevadas eimas, cubiertas constantemente de nieve semejan los blancos penachos de dos invencibles guereros, cuyas blancas plumas van á perderse en la trasparente bóveda del cielo. Sí, desde aquí se descubren esas dos montañas colosales, llamadas la una *Popocatepetl*, que significa *monte que arroja humo*, que tiene de altura 5.400 metros sobre el nivel del mar, á la cual subió en 1.519 el intrépido capitán español Diego Ordaz, y la otra denominada *Iztlazihualt*, que quiere decir *mujer blanca*, teñidas ambas por los raudales de luz de un sol abrasador que, al reflejar sus rayos sobre la inmensa capa de

nive, parece brotar de la superficie una nube de llameantes colores que incendian la creación.

Pero dejemos de describir las bellezas que encierra un sitio por tantos motivos venerado, y sigamos á los personajes que hácia él se dirijian.

Despues de haber atravesado por espacio de un cuarto de hora por el hermoso paseo de Bucareli, y dejando á la derecha el risueño camino de San Cosme, y á la izquierda la poética campiña de la Piedad, los aurigas detuvieron el paso á sus éticas mulas á la entrada del bosque de Chapultepec, que ya conoce el lector.

Miguel, Enrique y algunos caballeros, bajaron de sus coches, y poco despues penetraban, dando el brazo á sus lindas compañeras, en aquel agradable recinto.

¡Cuántas risueñas esperanzas, cuántos proyectos de eterna ventura cruzaron por la mente de aquellos seres que, conmovidos por el dulce acento del objeto que á su lado contemplaban, ni siquiera notaron en las

bellezas con que les brindaba aquel sitio de misteriosos recuerdos!

¡Dichosos momentos del amor y de las ilusiones, vosotros sois los únicos que constituyen la pasajera época de la felicidad del hombre!

¿Por qué durais tan poco, sueños dorados de la juventud?

¿Por qué pasas tan rápida, dichosa edad de la esperanza y de los placeres?

¿Por qué llega tan presto esa época de los desengaños, de la amargura y del desencanto; esa edad de la reflexion y del severo análisis, que despojando á los objetos del brillante ropaje que deslumbraba nuestros ojos, nos presenta descarnada la verdad?

El rauda tiempo que silencioso pasa sobre nuestras cabezas, nos arranca, sin sentirlo nosotros, del verjel de las flores en que empieza nuestra vida, seca, con su soplo destructor, la raíz de nuestro cabello que cobra el color de la nieve, y nos empuja hácia el desierto arénal de la vejez, donde recoge nuestro cuerpo la tumba.

Como un impetuoso y desbordado rio no

ve dos veces la verde y matizada orilla que detras deja, así el hombre en el curso rápido de su existencia no vuelve ya á la feliz edad de la juventud en que dejó sus ilusiones, sus esperanzas y sus encantos.

Miguel que, aunque jóven, habia probado la amarga hiel de la ilusion perdida, caminaba distraido, contestando friamente á las preguntas de una hermosa jóven que se apoyaba en su brazo; y Enrique, que daba el suyo á la bella María, era demasiado feliz para que la fria reflexion de lo breve que pasa nuestra felicidad, viniera á ocupar el grato lugar de sus ilusiones amorosas.

Los demas personajes, gente alegre y de festivo humor, marchaban diseminados por aquí y por allí, en tanto que los criados extendian sobre el alfombrado suelo de una glorieta, un limpio mantel que anunciaba la hora de almorzar, á la vez que los músicos, que siempre llevan los mexicanos en tales fiestas, daban al viento los sonoros acordes de la flauta, bajo, arpa y *jaranita*, (bandurria) convidando á los jóvenes á bailar.

Pronto se acercaron algunas parejas al

lugar de la música y empezaron á valsar; pero no así Enrique, cuyo corazón embriagado de amor, á la vez que de respeto hacia el objeto amado, buscaba con su linda pareja los puntos mas solitarios, resuelto á aventurar una declaracion. Mil veces se dispuso á confesar á la hermosa prima de su amigo las tiernas afecciones de su alma, y otras tantas enmudeció, temiendo que su declaracion nublara el rostro celestial y melancólicamente apacible de la mujer que amaba con todas sus potencias: se reprendia á sí mismo interiormente por su ridícula cobardía, que de tal calificaba él mismo su timidez, y sin embargo, el temor triunfaba de sus convicciones, y echaba por tierra todas sus resoluciones.

Al ver un hombre tan tímido en amores, la sonrisa se asomará á los labios de la mayor parte de los lectores, hoy que atravesamos un siglo en que se hace gala de ser osados y emprendedores con el bello sexo; pero téngase entendido que yo escribo la historia de un hombre verdaderamente enamorado; que pinto los sentimientos puros,

sin doblez, de un corazón sensible y honrado que cifra su porvenir y su ventura en el objeto amado, y que de ninguna manera he tratado de bosquejar el mortal rutinario, de alma gastada y fria, en cuyo sistema de vida entra el de ponderar á todas las mujeres un cariño que no siente, porque en este juego de ficciones sabe que nada va á perder con una repulsa, y que algo ganará con la credulidad de su víctima.

Pero aun hay que tener en cuenta otra consideracion: la influencia del clima y la situacion especial de aquel hermoso suelo que remeda el perdido Eden. Enrique era mexicano; habia nacido bajo aquel cielo siempre sereno y puro, que imprime un carácter dulce y respetuosamente apasionado; donde el amor no es el amor de otros paises, fogoso, terrible, que raya en frenesí, sino el amor de aquella exuberante region, donde se ama con aquella finura que no degenera en mera galantería, con aquella delicadeza que revela consideracion y respeto á la mujer amada; con aquella ternura, y si se quiere, voluptuosidad, que no ofende

la decencia. El amor, así como los hombres, tiene su fisonomía particular, según el país en que se ha desarrollado; y si en los segundos no puede confundirse, por su aire y sus costumbres, el suelo en que han nacido, en el primero descubre el hombre pensador, las marcadas tintas que indican su procedencia. México es el país del amor; pero es del amor dulce como el perfume de sus flores; modesto como el halago de sus embalsamadas auras; tierno como su suelo virginal; puro como su limpio cielo en una noche de luna, y firme como los ricos metales que encierran sus montañas.

Sin embargo, por mucho que yo aplaude ese respeto de los mexicanos hacia esa encantadora mitad del género humano, preciso es confesar que, el de Enrique, tocaba en un extremo reprehensible, aunque preferible siempre á esa libertad que raya en licencia y que contrasta, de una manera muy marcada, con los delicados sentimientos que atesora el alma de la mujer.

Enrique buscaba un medio indirecto de manifestar su amor á la linda compañera

que se apoyaba en su brazo, y creyó encontrarlo en dos canoras avecillas que, posadas en una verde rama, daban al viento, moviendo sus pintadas alas, sus delicados triacos.

—¡Dichosas avecillas!—Exclamó el enamorado jóven, dirigiéndose á la hermosa María:—ellas, huyendo de las demas de su especie y buscando la soledad, se entregan, sin duda, á los dulces coloquios del amor.

—¿Y juzga vd. que son felices porque se aman?

Indicó María con una languidez que manifestó participar de la misma opinión.

—Sin duda. ¿Dónde hay felicidad comparable con la de los seres que se adoran? El amor es el origen de todos los bienes que poseemos: por él existe el mundo; por él vive la naturaleza; por él fecundiza la tierra ese sol que nos alumbra. Ved cómo sonríe la superficie de ese arroyo, rizando sus límpidas ondas al dulce halago de esa brisa errante y leda, que pasa diciéndole su amor: ved cómo las flores abren sus tiernas corolas al ténue rayo de esa luz que duda penetrar por el espeso ramaje, enviando su amor

á las delicadas plantas; ved cómo crecen robustos estos gigantescos ahuehuetes acariciados por el fecundante amor del limpio arroyuel que acaricia la sólida base de su admirable tronco. ¡Ah!... ¿no es cierto, María, que sin amor no puede haber vida, mundo, ni felicidad?

La joven conocía, por experiencia propia, toda la verdad de aquellas últimas palabras: acababa de probar la triste realidad de un desengaño: la esperanza que hasta entonces habia alimentado de ser amada, la habia hecho feliz, y esta felicidad desapareció de su corazón tan pronto como vió que le faltaba el amor de su primo.

El amor, pues, era indispensable á su vida, como el sol á las flores.

María suspiró con este recuerdo, y contestó con lánguida voz:

—Tiene vd. razon, Enrique: el amor debe ser la luz cuando es correspondido; pero amar sin esperanza, vivir pensando en el objeto que hace latir nuestro corazón, y no ver premiado nuestro amor, debe ser tan cruel, como dulce lo primero.

—La muerte debe ser preferible á ese tormento.

Exclamó Enrique con toda la fuerza de la verdad.

—¿Le conoce vd. acaso?

—No, pero temo conocerlo.

—Mientras no ame vd., libre está de conocerlo.

—¡Mientras no ame!... ¡Ah!... ¡María! ¡Y si la dijese á vd. que amo, que no vivo mas que con el recuerdo de una mujer, y que esa mujer es mi dicha, mi porvenir, mis ilusiones, mi esperanza?... Si la dijese....

—No pretendo que me confie vd. los secretos de su corazón, porque sentiria verle padecer.

Dijo María, temiendo una declaracion. Las mujeres están dotadas de tan delicado instinto y fina penetracion, que pronto leen lo que pasa en el alma del hombre que les dirige la palabra.

María habia leído en la tierna mirada de Enrique, el amor hacia ella á la vez que su

respeto, y trató de evitar una declaración á la cual no podia corresponder.

El jóven, por su parte, creyendo descubrir en las palabras de María un preludio á una negativa, volvió á verse envuelto en su natural timidez.

María, deseando salir de la situación embarazosa en que ambos se encontraban, y revistiéndose de un aire jovial, dijo dando otro giro á la conversacion.

—¿No quiere vd. que nos acerquemos á bailar?

—El canto de los pájaros me habia hecho olvidar la música de los hombres.

—¿De veras?—exclamó María, haciendo un esfuerzo para sonreir:—¿Es vd. del número de los poetas campestres que se deleitan con el dulce murmurio de un límpido arroyuelo, y que aprecian mas un verso de

Yo ví sobre un tomillo
volar un pajarillo

que los mas brillantes saraos?

—Si el canto de los pájaros se escucha al

lado de una jóven del mérito de vd., es preferible á todos los placeres de la tierra.

—Agradezco la galantería, aunque no sea mas que lisonjera fórmula con que los hombres tratan de manifestar su deferencia á nuestro sexo.

—He ahí un efugio con que vdes. evitan responder á una declaración: con decir es *lisonja*, es *galantería*, no dejan vdes. al que las ama, ni aun el consuelo de pensar que ha sido creído.

—No todas son tan injustas con los hombres.

—Mal podria vd. serlo cuando tiene vd. una prueba incontestable en su primo, de la vehemente pasion con que ama nuestro sexo.

—¿En Miguel?

Exclamó María estremeciéndose al escuchar aquel nombre que ejercia un poder mágico en su sistema físico y moral.

—Sin duda.

—¿Y es correspondido?

—¿Luego Miguel le ha ocultado á vd?...

—Todo, menos que ama.

—¿Cuando digo que es el amante mas

raro que han conocido los tiempos pasados, presentes y futuros!

—¿Y es jóven la mujer que ama?

—Como vd.

—¿Virtuosa?

—Como vd.

—¿Hermosa?

—Superior á todas; pero inferior á vd.

—¿Su nombre?

María esperó con avidez la respuesta de lo que tanto deseaba saber; pero la presencia de un jóven que habia ido al encuentro de ellos cruzando la arboleda, prohibió á Enrique satisfacer el deseo de la mujer que amaba.

—Señorita, dijo el nuevo personaje, he corrido á su encuentro, porque tuvo vd. la bondad de ofrecérme el primer vals, y precisamente va á empezar en este momento.

—Tiene vd. razon: contestó María disimulando el disgusto que le causaba aquel contratiempo; y apoyándose en el brazo que le ofrecia el apasionado al arte de Tersicore, se despidió de Enrique, para acercarse á la espaciosa glorieta en que bailaban.

Enrique se quedó maldiciendo á esos imprudentes séres, especie de hurones de la sociedad, que aparecen en todas las conversaciones cuando nadie los espera: hombres cuya llegada se teme como la invasion de una epidemia; espías que asoman la cabeza en todas las funciones por entre los grupos de la concurrencia, para caer sobre sus víctimas; cocos de los amantes que, cuando mas solos y retirados se juzgan, aparecen sonriendo maliciosamente, complaciéndose en el disgusto que saben que causan, y entablan una larga conversacion, aunque se les conteste con los secos monósilabos de *no* y *sí*, de que echamos mano cuando deseamos deshacernos de una persona: necios como el D. Saturio de "Un tercero en discordia" que toman un desaire por una prueba de cariño, y una indirecta de las del Padre Cobos, por manifestacion de grata confianza: cerros sociales, en fin, á quienes viene de molde aquella cuarteta del oportuno Breton de los Herreros que dice:

Se llevó el cólera-morbo
á millares de inocentes,

y no se llevó á estos entes
que solo sirven de estorbo.

Despues de haber bailado un vals y una contradanza, se dió principio á una espléndida comida, en que alternaban la cocina francesa y mexicana. Allí, al lado del *mole de juajolote* (pavo en salsa roja) de los *chiles rellenos* (pimientos) de las gallinas en pepian, de los *frijoles gordos* (judías dispuestas en un guiso especial) y del *pulque* de piña, (vino mas blanco que la leche, sacado del *maguey*, planta de la familia de la que en España llamamos pita) se ostentaban los mas exquisitos platos de la cocina extranquera.

La mas cordial alegría reinaba en todos los concurrentes: los brándis se repétian á cada instante, y las jóvenes eran el objeto de las mas finas atenciones de sus galantes compañeros que, animados por los dulces acordes de la música que tocaba en tanto que duraba la mesa, dirijian flores de buen genero á las lindas y seductoras hijas del fértil suelo de Moctezuma.

María no apartaba los ojos de Miguel que

estaba enfrente de ella, ocupado en servir á una graciosa jóven que llamaba la atención de todos por su rara hermosura.

—¿Será ésta, pensó, la mujer que me roba el cariño de mi primo?

Y la enamorada María, aunque dotada de un corazon exento de innoble envidia, sintió una inquietad vehemente al reconocer el mérito de la que ella se imaginó que podía ser su rival.

Experimentó por la vez primera en su vida, un sentimiento de repulsion hácia aquella jóven; sentimiento que no acertaba á comprender de qué provenia, y que sin embargo reconocia por origen una causa muy marcada.

Y es que no queremos que nadie sea el objeto de las atenciones de la persona que amamos.

Cada palabra de Miguel la dirijia sobre las cosas mas insignificantes, la mas leve sonrisa con que el hombre acoge cuanto la mujer dice; todas aquellas cosas, en fin, tan naturales, y de las cuales no puede prescindir en la sociedad ningun jóven bien edu-